

Quesé recordó la costumbre tradicional de los distintones. Se trataba de una que le había deparado más de un debate interesante al defenderla en la universidad. Los distintones creen que cuando los padres alcanzan la edad de setenta años, los hijos tienen el deber de matarlos. Y, como manifestación de respeto, ¡la familia se come al finado!

Súbitamente, el profesor Quesé empezó a sentirse mal. Había perdido el apetito. Sin embargo, sabía que no comerse el plato especial sería una gran ofensa. De hecho se considera como una maldición que se arroja sobre el alma del que acaba de partir destinada a impedir que llegue al otro mundo. Para los distintones no hay maldad mayor.

El profesor Quesé es un gran defensor de las distintas tradiciones culturales. Considera de la mayor importancia que cada cual sea libre de seguir sus propias creencias, salvo cuando éstas interfieren en los derechos de otros, y que la idea de valores morales objetivos no es otra cosa que una forma más de «imperialismo occidental».

El asesinato del abuelo distintón le había trastornado, pero ya nada se podía hacer. ¿Hay alguna otra razón para que no se sume a la comida con su anterior apetito?

El perro y el profesor 14

El profesor Morales estaba dictando a su secretaria el borrador de su comunicación para la Sociedad Filosófica cuando se dio cuenta de la hora que era. «¡Demontre! –exclamó–, me he vuelto a olvidar de la clase de ética. Tendré que dejar esto hasta que regrese.»

Salió por la puerta a toda velocidad y atravesó el campus en dirección al edificio Royo. Pero en su marcha escuchó un aullido lastimero. Se trataba de un perro que había caído en el estanque de la universidad y no podía salir. «No te preocupes, amiguito –dijo el profesor–, ¡ahora mismo te saco de ahí!»

El amable profesor vadeó el estanque y sacó al gimiente chuchó. Pero entre que tuvo que regresar a la oficina y secarse como pudo se le hizo tarde para la clase. Un centenar de estudiantes estaban muy mosqueados. El profesor Morales les pidió disculpas y les explicó lo que había ocurrido. A modo de ameno ejercicio de ética práctica, les preguntó si creían que había actuado correctamente. Todos se rieron y unánimemente manifestaron que era mejor salvar al chuchó aunque eso les hubiera perjudicado.

Sin embargo, a la semana siguiente, de camino a la misma clase, el profesor vio que el perro se había vuelto a caer y tuvo que volver a salvarlo. Esta vez los estudiantes no se quedaron tan satisfechos y media clase dijo que tenía que haber dejado que el perro se las apañara por sus propios medios. Uno hizo notar con acritud que el perro siempre se estaba cayendo en el estanque y que había que rescatarlo a todas horas.

Así las cosas, la semana siguiente, cuando el profesor corría hacia su clase, allí estaba el perro de nuevo, angustiado, intentando salir del estanque. «¡Oh no! –dijo Morales–, ¡no puedo llegar otra vez tarde!» Dejó al perro gimoteando y se limitó a

comunicar la situación a un bedel antes de entrar en su clase. Comunicó este cambio de política a los estudiantes, que en su mayoría estuvieron de acuerdo en que el peligro en que se encontraba el perro quedaba sobradamente sobrepasado por el conocimiento cierto de los inconvenientes que les causaba a ellos el estar perdiendo clases sin parar. «Esto —dijo Morales con orgullo— es el utilitarismo: el núcleo mismo de la toma de decisiones morales.»

Tristemente, para cuando el bedel quiso hacer algo, el perro se había ahogado.

¿Hay algún fallo en el argumento del profesor y de la clase, o se trata simplemente de que el perro tuvo mala suerte?

El perro y el profesor II 15

En la clase siguiente, uno de los estudiantes se levantó y leyó un comunicado que traía preparado en el que acusaba al profesor de dejación de un deber fundamental: salvar la vida de un ser sintiente. Esto, dijo el estudiante, está más allá de cualquier consideración de conveniencia o de exigencia de otras personas. El profesor intentó justificar su acción ante los estudiantes puesto que todos parecían considerarle culpable. Explicó que si él fuera un cirujano muy especializado dirigiéndose a toda prisa hacia el hospital para realizar una operación de urgencia, y se encontrara ante una situación parecida, la gente le consideraría un irresponsable por pararse a rescatar a un perro. Esto muestra, dijo, que la cuestión es sopesar intereses en conflicto y que era un hecho cierto que la clase había estado de acuerdo con él en que el peligro de que se ahogara el perro no era suficiente como para justificar que cien estudiantes se perdieran su clase. En las decisiones morales, dijo en tono sentencioso el profesor, necesitamos tener *un sistema* para sopesar los elementos en pugna.

Los estudiantes organizaron un boicot masivo a las clases de ética y realizaron una pintada en la fachada del edificio que decía: «La ética es algo más que teorías».

¿Se había olvidado de algo el profesor Morales?